

## LA UNIDAD RUMANA CUMPLE MEDIO SIGLO

El día 1 de diciembre último se cumplían los cincuenta años desde que en Alba Iulia, capital de Transilvania, se proclamaba a través de la unidad de esta provincia con Rumania, la unidad plena de todos los rumanos en un mismo cuerpo político y estatal. Se llegaba así a la Gran Rumania, que otra cosa no era sino la integración, según aspiraciones milenarias, de toda una nación en sus confines étnicos naturales. Un viejo sueño, forjado en la realidad adversa y en el sufrimiento de largas generaciones; sueño cargado de sacrificios y de *pathos*, de conciencias frustradas y de grandes esfuerzos intelectuales, alcanzaba su plenitud. El momento debió ser lleno de entusiasmo y de plenitud espiritual. Así lo vio un observador fino, cuya prosa contuvo siempre una inspiración poética: «Los soldados rumanos, escribía entonces Ramón de Basterra, según cantaban las canciones, llegaban del Nistru al Tisa. Los descendientes de los *villicus* abandonados por Aureliano recobran al fin su pleno cuerpo político. Rumania, merced a la tozudez inverosímil que pone el campesino en sus empeños, era la supervivencia aldeana de una provincial fiel aún a Roma. Induce a maravillarse del hecho la fanfarria de la Historia, con su brillante cortejo, la cual hace olvidar que lo que dura más que la torre de la ambición es la cabaña que apenas media del suelo, abrigando la existencia ingenua, que, al igual de la Naturaleza, para nada necesita de brillo y renombre.»

El 1 de diciembre es para los rumanos una fecha profundamente simbólica. En su propia brillantez, en el entusiasmo que encierra, en la exaltación de su plenitud, persiste el sentido trágico de toda una existencia histórica. Porque en esta fecha parece concluir un esfuerzo que dura siglos y que implica la permanente realidad arquetípica de la Dacia trajana. Pero la misma fecha, con su carácter plenario, prelude a desgarramientos, a vastos sufrimientos posteriores, que encierran desde la contestación de su significado hasta las nuevas mutilaciones materiales y espirituales que en aquel instante de éxtasis parecían descartadas para siempre en el panorama de la Historia. Pero el aniversario plantea también problemas nuevos y nuevas perspectivas. Algunos de índole concreta, ya que se refieren a la presencia de Transilvania

en la historia rumana y en las perspectivas de una integración europea. Transilvania fue, desde los orígenes del pueblo rumano, un proyecto de vida histórica fecunda y un campo de irradiación. En su territorio se forjó el reino batallador y poderoso de los dacios, con sus Reyes ilustres, Boerebista y Decebal; con su idea religiosa de lo inmortal, personalizada por el culto de Zalmoxis, con su holocausto ante la conquista romana. En el mismo lugar, Trajano echa las bases de la Dacia romana, «Dacia feliz», que proyecta su existencia en otras regiones que, a través de los siglos, integrarán la nación rumana: Oltenia, Muntenia, Moldavia. Desde la altiplanicie transilvana «descienden», en un fenómeno de interpretación permanente, que nunca ha dejado de funcionar en la evolución cultural y lingüística rumana, en plena Edad Media, los grupos que constituirán las primeras organizaciones estatales de los Principados danubianos. En la misma Alba Iulia, escenario del 1 de diciembre de 1918, el Príncipe Miguel el Valiente proclamaba tres siglos antes la primera unión política de los rumanos, en un gesto efímero, trágico, pero no menos cargado de simbolismo anticipador. Durante siglos, la población rumana de Transilvania, cuya inmensa mayoría nunca contestaron los que esgrimieran los argumentos «históricos» de sus privilegios, sufrió opresión, pero conservó mejor que ninguna otro tipo de privilegios más permanentes y más nobles: la conciencia de su origen romano, de su permanencia en aquella tierra, de su unidad lingüística y religiosa. Desde esta misma tierra proyectaron su obra, su conciencia nacional viva, desde el siglo XVII, los que iban a encarnar la escuela latinista rumana y los auténticos portadores de las ideas culturales y sociales de la Ilustración en el espacio cultural rumano. No le falta ni perspectiva histórica ni vibrante actualidad al texto del famoso *Supplex Libellus Valachorum* que los dirigentes transilvanos enviaban en 1791 al Emperador Leopoldo II: «Est natio Valachica omnium in Transylvania antiquissima... Omnis moderna tristis Valachorum sors non legibus sed iniquiae temporum debetur.»

La unión de Transilvania con la madre Patria, el 1 de diciembre de 1918, no cerraba solamente un larga etapa de la Historia. No sellaba solamente un acto. Pretendía ser, desde el primer momento, una acción que, en vez de detener su curso en el cumplimiento de un ideal, se proyectara hacia un porvenir de mayores integraciones. Junto con una integración nacional, quedaba enterrada la memoria de los sufrimientos milenarios y una generación joven y optimista se aprestaba a considerar el porvenir en el más amplio sentido. Un porvenir que implicaba integraciones mayores en una Europa que, según la célebre frase de Valéry, hubiera de abandonar sus querellas aldeanas «de clochers et de boutiques». El antiguo ministro de Asuntos Exteriores rumano N. P. Commen ha revelado, precisamente en un libro publicado en Madrid

en 1957, poco antes de su muerte, los apasionantes términos en que dirigentes rumanos y húngaros trataron la unión entre una Rumania integrada en sus confines naturales y una Hungría vencida junto con los Habsburgos, en un momento crucial como fué el del año 1919. Fue también aquélla la ilusión de un instante. Pero lo indudable es que el destino de Transilvania ha sido siempre un destino de apertura a las integraciones. Durante siglos fue la piedra de toque de la unidad rumana, la permanente voz despierta de un destino y de una conciencia nacional. Por ello, lo que se celebraba el 1 de diciembre, idealmente, en Alba Iulia, puede ser también la perspectiva integradora de este atormentado rincón de Europa, en una Europa nueva, unida y otra vez dueña de sus destinos.

JORGE USCATESCU

